

INTERIOR. PISO. DÍA.

La pared de un aseo en mal estado, sucia y con algunos azulejos rotos.

Un lavabo que sólo tiene un grifo. La tubería da evidentes muestras de pérdida. Sobre él está colocado un espejo algo torcido, pero en buen estado.

El espejo muestra un reflejo: la habitación contigua. En la habitación hay una cama muy estropeada, donde descansa un fusil con mira telescópica.

De pronto, el espejo cae haciéndose añicos contra el lavabo. El ruido despierta a un HOMBRE que dormía en el suelo sobre un colchón muy estropeado, entre un saco de dormir. Está junto a la cama, y se incorpora para mirar en dirección al espejo roto. Se pasa la mano por los ojos y se acaricia la barba de varios días. Se levanta. Viste con una camiseta militar de manga corta, unos calzoncillos y unos calcetines. En el suelo ha dejado un reloj, un paquete de tabaco, una caja de cerillas y una navaja.

Se aproxima al hueco que ha dejado el espejo, y con inexpresividad absoluta busca entre uno de sus calcetines. Extrae un chicle y lo utiliza, tras mascararlo un poco, para pegar un trocito de espejo en la pared.

Se acerca a un tocador, y coge de una bolsa una navaja de afeitar y una pastilla de jabón muy gastada.

Ante el trozo de espejo, se embadurna como puede con jabón la cara, pero cuando va a hacer uso de la navaja el espejo se cae. Con cierta parsimonia se lava la cara, aprovechando un hilillo de agua que cae del grifo.

Vuelve a cruzar la habitación con tranquilidad. Se pone unos pantalones militares que había sobre una silla, y unas botas muy gastadas. Recoge los accesorios que dejó en el suelo, y sale de la habitación. El fusil descansa en el mismo lugar.

Oímos los pasos alejarse.

Entra en la cocina, que está en mejor estado que la anterior estancia, aunque sucia y descuidada. Abre el paso de gas y enciende un fogón con una cerilla, la misma que utiliza para encender apuradamente uno de los últimos cuatro cigarrillos del paquete de tabaco. En ese mismo paquete, guarda dos balas. Prepara café mientras saborea el cigarro.

Corte a:

Con decisión, nuestro hombre atraviesa un pasillo de la vivienda, algo oscuro y con trozos de pared rotos.

El hombre vuelve a entrar en el dormitorio y con mucho mimo agarra el fusil y lo carga. Sus actos son lentos y precisos.

Sale del piso, mostrándonos el interior de un edificio en estado igualmente lamentable. Enfrente hay unas escaleras por donde le vemos perderse mientras las sube. Empuja una puerta atrancada y sale a una azotea.

EXTERIOR. AZOTEA. DÍA.

El hombre atraviesa la azotea con decisión, agachándose conforme se acerca al muro que da a la calle. Protegido por el bajo muro, asoma la cabeza para echar un vistazo al exterior.

Desde su posición se ve la plaza de una ciudad destrozada por la guerra. Está desierta, pero de tanto en tanto alguien la cruza.

El hombre apoya su espalda al muro y se sienta. Da las últimas caladas al cigarro y lanza la colilla. Vuelve a asomarse, esta vez protegiendo su rostro tras el fusil. Su ojo derecho mira fijamente a través de la mira telescópica. Desde ella se ve toda la plaza, y la poca gente que atrevidamente la cruza.

El hombre espera, dando pequeñas pasadas por el lugar con la vista, apuntando con el fusil.

Un hombre de unos sesenta años asoma, y se dispone a atravesar la zona.

Nuestro hombre apunta a distintas partes de su cuerpo, y lo sigue hasta que desaparece. Sigue esperando.

Una mujer de mediana edad, con ropa negra y un pañuelo en la cabeza, atraviesa decididamente la plaza con una lechera de aluminio llena.

El hombre repite el proceso, casi como si jugara.

Vuelve a darse la vuelta para quedarse unos instantes con la mirada perdida. Observa su fusil, y se gira para volver a apuntar. Espera unos segundos.

Un joven atraviesa el lugar con cierta prisa. El hombre apunta a su cabeza y acerca el índice al gatillo. Frunce un poco el ceño. Dispara.

Se da la vuelta, y vuelve a perder la mirada mientras oímos a lo lejos gente gritando, y la voz desgarradora de una madre.

INTERIOR. PISO. DÍA

Nuestro protagonista está sentado en la cama, mirando el rifle que está apoyado en la pared.

Extrae el paquete de tabaco, y al ver que sólo quedan tres cigarrillos lo vuelve a guardar. Saca la caja de cerillas y la hace sonar junto a su oído. La guarda.

Corte a:

Una mano utiliza una navaja multiusos para abrir una lata de conservas.

El hombre abre un cajón donde hay varios cubiertos bastante sucios y coge un tenedor, lo limpia en su pantalón y se sienta a comer el contenido de la lata.

EXTERIOR. AZOTEA. ATARDECER.

El hombre en el mismo rincón de la azotea, apuntando a la plaza.

Aparta un instante el arma y mira al cielo.

Extrae un chicle del calcetín y empieza a masticarlo.

Vuelve a apuntar.

Un joven de unos veinte años cruza la plaza empujando una carretilla. El francotirador apunta con cuidado.

Su dedo índice empieza a apretar el gatillo lentamente.

Deja de masticar.

De pronto, desde el punto de mira advierte a alguien que se asoma por un rincón, parece un Niño de unos diez años. Desvía el arma para mirar en su dirección exacta, pero el niño desaparece.

Confuso vuelve el arma a la posición original, y el joven se le pierde por una esquina.

Vuelve a descansar un instante.

Mira su reloj de pulsera y vuelve a apuntar a la calle.

Sin mover el arma, alza un poco la vista en dirección al sol.

Baja la mirada, que se vuelve a notar fría y calculadora tras la mira telescópica.

Espera pacientemente. Se funde en negro.

EXTERIOR. AZOTEA. ATARDECER.

El francotirador sigue en la posición anterior, pero ya casi no hay luz. Sigue atento, pero ha bajado un poco la guardia.

Se oye un leve ruido en la plaza, lo que despierta de nuevo sus sentidos. Mira un tanto desconcertado a todos lados, una vez tras su mira telescópica, y otra con la vista descubierta.

Se acomoda el arma, dispuesto a usarla.

Un hombre que se adivina joven por la agilidad, que no por su buena visión, intenta cruzar corriendo la plaza con algo bajo el brazo.

Nuestro protagonista se precipita a disparar. Efectúa dos disparos casi seguidos, ya que el primero no da en el blanco.

Hay momento de duda y desconcierto, tanto en la azotea como en la plaza.

Un grito masculino proviene de la plaza. Parece animar al joven, que está tendido y herido, y que finalmente consigue levantarse y huir.

El francotirador da un tercer disparo al vacío.

Se gira rápidamente y se sienta. Gruñe. Se pasa la mano por los ojos y comprueba la mira telescópica. Un dedo roza su nariz, él sorbe.

INTERIOR. PISO. NOCHE.

El francotirador se despierta algo incómodo, y se incorpora rápidamente.

Sale de su saco de dormir y se pone los pantalones. Coge el rifle y se dispone a salir, pero se arrepiente enseguida.

Apoya el rifle en la pared y se vuelve para ir al aseo. Orina y vuelve a salir.

Coge el paquete de cigarrillos y sale de la vivienda dejando el arma donde estaba.

EXTERIOR. AZOTEA. NOCHE.

El hombre camina por la azotea con aparente seguridad. Al principio desconfía un poco, pero pronto pierde ese cuidado y se asoma al muro con tranquilidad.

Observa la plaza vacía.

Al rato, un par de personas cruzan más tranquilamente el lugar, como si se tratara de una tregua.

Sigue observando con paciencia y una tercera persona atraviesa la zona con cierto cuidado. Él mira tranquilamente, sin variar la expresión.

Vuelve la vista abajo y saca el paquete de tabaco. Ve que solo quedan tres cigarros, y aún así coge uno.

Lo coloca entre sus labios y cambia la expresión de su rostro cuando parece descubrir algo extraño en la plaza.

Se aparta unos metros del muro y se enciende el cigarrillo.

Lo saborea mientras mira al cielo.

INTERIOR. PISO. DÍA.

En un trocito de espejo se refleja el francotirador, mirándose.

Observa como le queda la barba, algo más cerrada. Parece esbozar una sutil mueca.

Corte a:

Una mano agita un cazo donde se calientan unas alubias que ya estaban cocinadas. Nuestro protagonista cocina con el mimo que caracterizan sus gestos. Continúa así hasta que decide ir a por su arma de nuevo.

Sale con decisión de la cocina, pero nada nervioso, y entra en el dormitorio para coger el fusil, que descansaba sobre la cama.

Atraviesa el pasillo con cierta ligereza.

Golpea la puerta de la azotea para abrirla.

EXTERIOR. AZOTEA. DÍA.

El hombre atraviesa la distancia hasta el muro con decisión, pero atento a lo que pueda sorprenderle. Al llegar al muro se apoya como hace habitualmente y dispara una vez.

En la plaza se oye el habitual revuelo.

El francotirador baja el arma un instante.

A través de su mira telescópica, observa un niño de unos catorce años tendido entre un charco de sangre. En la plaza se oye bastante movimiento, de gente que el francotirador no consigue ver. Un hombre se pone a cubierto. Una mujer mira directamente a la posición del francotirador. Desde su posición ve cómo en la plaza esa mujer le desafía. Lo hace como si pudiera detener el momento, como si arrancara sus ropas en un gesto violento y desgarrador, descargando la rabia contenida y toda la impotencia.

Sin dudar, coloca bien el fusil y le dispara con precisión absoluta. La mujer cae de espaldas, y al hacerlo, descubrimos al Niño de diez años. Una gran muestra de rabia e impotencia se hace patente en toda la zona, en forma de gritos y lloros. Mientras, él está confuso por la extraña visión del Niño. Tras dudar, alza el fusil para utilizar la mira telescópica, con el índice lejos del gatillo. Con ella distingue con bastante claridad al Niño de diez años que le apareció el día anterior.

El Niño se mueve entre los cadáveres, y el francotirador muy pronto le pierde de vista.

INTERIOR. PISO. DÍA.

El francotirador corre por el pasillo del piso y entra súbitamente en la cocina, tirando el fusil sobre un mármol, rompiendo algunos objetos.

Apaga el fogón, que mostraba ya una llama bastante pequeña.

Gruñe, como si le afectara el orgullo haberse olvidado de las alubias al fuego.

INTERIOR. PISO. NOCHE.

Vemos el dormitorio desde el aseo. El fusil está de nuevo en la cama. De fondo se oyen unas gotas intermitentes, que caen. Salimos del aseo y atravesamos con cuidado el dormitorio, que se nos muestra, en silencio, muy lentamente.

Está muy oscuro. El hombre está en su saco de dormir girado hacia la cama. Está quieto, y parece dormido. Llegamos a su rostro. Los ojos están abiertos. La mirada, triste. El fusil descansa en la cama, aunque apenas se distingue desde esa posición. Saca las manos y las coloca frente a sus ojos. Las mira atentamente. Están algo estropeadas, con algunas uñas rotas, algunos pequeños cortes, y un poco sucias. Incluso ahora se diría que tiemblan demasiado para un profesional. Vemos el cañón del rifle.

EXTERIOR. AZOTEA. DÍA.

La plaza, vacía.

El hombre espera con paciencia largo rato, y aparecen tres jóvenes a la vez corriendo en direcciones diferentes por la plaza.

El francotirador, desconcertado, varía su objetivo varias veces, sin lograr decidirse por ninguno. Los muchachos desaparecen por las callejuelas.

Mientras él mira todavía por una de esas calles, una anciana se dispone igualmente a cruzar, cargada con algunas bolsas. Él apunta y la sigue con la vista. Al hacerlo, encuadra en el punto de mira al Niño de diez años que vio otras veces. La vieja pasa delante del niño, y el Niño no se mueve. Aún lo ve con más claridad, y se diría que mira directamente al francotirador. Éste

fija la vista en él, y pronto vuelve a buscar a la anciana, que ya desaparece por un extremo. Éste último movimiento lo hace más por acto reflejo que por convicción.

Al volver a buscar al Niño, este también ha desaparecido. Da un disparo al vacío.

EXTERIOR. AZOTEA. DÍA.

El francotirador está apoyado en el muro, obsesionado por el Niño, al que quiere cazar a toda costa. Sus fuerzas empiezan a fallar. Cree oír algo en un extremo de la plaza, pero es una falsa alarma.

Corte a:

En la misma posición, el hombre coloca el dedo en el gatillo, con la idea fija del Niño.

La plaza sigue vacía.

Se agacha un segundo, para secarse el sudor de la cara.

Enseguida, se asoma un poco. Respira tranquilamente, profesional, aguantando los nervios. Al cabo, y sin apartar la vista, busca entre sus bolsillos y saca el paquete de tabaco. Extrae uno de los dos últimos cigarrillos y lo enciende. Vemos que ha desaparecido una de las dos balas que había. Se agacha un momento para encenderlo, con el fusil apoyado en el muro. Lo fuma con ligereza, hasta que lo consume por completo.

Vuelve a mirar el paquete, y observa el último cigarrillo. Pierde la mirada.

El hombre despierta de golpe, confuso. Ha estado como ausente unos segundos, como si durmiera despierto, agotado.

Se incorpora y mira tras el muro con el arma cogida con una mano.

En mitad de la plaza, una única figura mira a la azotea desafiante. Es el niño que él buscaba.

El niño está quieto, con la mirada fija. El hombre mira igualmente con frialdad. Levanta el arma en un movimiento muy lento, alzando el cañón y mostrándoselo al niño, pero éste no se inmuta.

El francotirador continúa con el proceso y apunta con precisión y calma a la cabeza del niño.

El niño continúa quieto.

El francotirador está en una posición perfecta para disparar.

Respira tranquilamente, profesional.

Deja de respirar un instante.

Dispara, y sin embargo no se oye nada absolutamente, aunque el arma le haya hecho retroceder unos centímetros. En la plaza, el niño camina hacia adelante, en dirección al edificio donde habita el francotirador. Le vemos perderse en los límites que permite el muro.

El hombre vuelve a ponerse en su clásica postura, contra el muro. Su mirada delata que está asustado, confuso. Espera resignado hasta que la puerta de la azotea se abre.

Levanta la vista y el niño sale del interior.

Con calma, el niño se aproxima hasta el hombre. Éste le mira con los ojos húmedos.

El niño le quita el arma con cuidado, y la deja tendida en el suelo. Ambos se quedan mirando.

Corte a:

Aparecen los títulos de crédito, y entre ellos vemos fotos de época que muestran distintas partes del edificio y la plaza, así como algunas personas:

El aseo destrozado.

Una anciana caminando.

Las escaleras que suben hasta la azotea

Un niño tendido junto al padre que llora.

Un muro medio derrumbado con dos niños jugando detrás.

Una vista general de la plaza, con un hombre cruzándola.

Por último, vemos una instantánea de la azotea, que muestra al francotirador en su rincón medio tendido, en una postura extraña, en mitad de un charco de sangre.

Con una mano aún sujeta el rifle.